

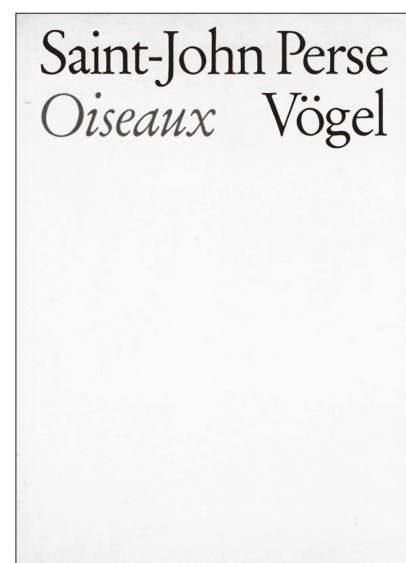
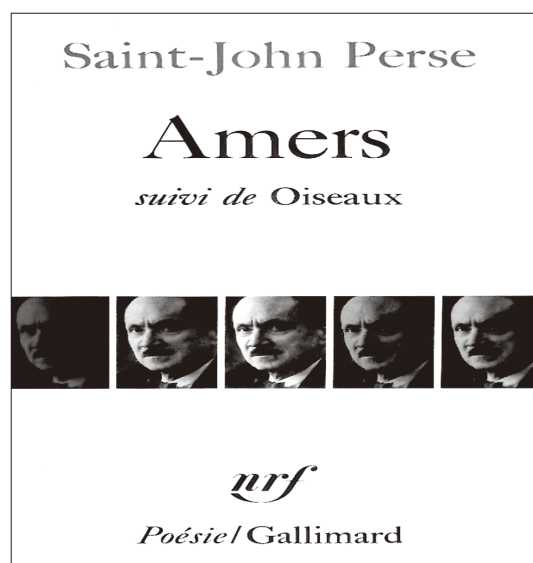
A veces prosa

Dar la cara al camino cantado

Adolfo Castañón

El poema “Chronique” fue el último publicado por el poeta antes de recibir el Premio Nobel. Su tema, a la vez personal e impersonal, es una historia de la tierra y una historia de la humanidad —asunto de sus demás libros. En el poema conviven el léxico de la geología y el de la botánica, junto con las palabras que fueron llegando al francés provenientes de los exploradores del Asia y del África, y hasta de la misma Europa. El poema está enunciado como un discurso recitado —y citado, por eso las comillas en primera persona del plural por un “nosotros” misterioso que se va precisando —sólo un poco— a medida que el poema se desenvuelve como si fuese una tela en la cual están grabados, impresos como en una estampa antiquísima, los episodios ahí contados. Ese “nosotros” es el hombre de la tarde o del ocaso, que acude a la cita de la época y del camino. Pero ese “nosotros” es exclusivamente contemporánea, pues la palabra de los “grandes libros de piedra” de los ancestros y antepasados no “nos sigue”. Por otra parte, ese “nosotros” comprende a “todos los hombres que fuimos”, aunque excluye a “los hombres del instante”, entre los cuales no tiene espacio ni cabida ese puñado de hombres “errantes” que tampoco se sienten ligados a una herencia, a un nombre y apellido heredados o reconocibles en alguna figura heráldica. Sabemos sin embargo que se trata de “depredadores”, dueños y amos de sí mismos, cuyas cartas de derechos, cuyos poderes no han impedido que una mano invisible, inasible, los vista y revista de “esa túnica ardiente de la fábula”. Es una banda capaz de reconocer que sus conquistas han sido vanas pero también que sus manos están libres y que “la cosa está dicha y no está dicha”.

La “Crónica” la enuncia una banda de pastores del futuro pero también del pasa-



do y del presente. En su balanza reversible se sopesa lo que “nos cae bien, nos cae mal”. Estos hombres acuden a la cita, no huyen, no buscan la salida, dan la cara al camino cantando. No es “Crónica” una canción de cuna ni una canción galante, sino un canto más grave, de dos filos, como un canto de señores altivos y orgullosos.

DE LAS CARTAS DE S.J. PERSE

La lectura de las cartas de Saint-John Perse hace pensar en los testimonios de algunos santos, sólo que en su caso “el santo” es un panteísta que el poeta alimenta “en lo más secreto del cuerpo”.¹

Traduzco algunos fragmentos de esas cartas:

...he adquirido mi salud *sobre todo* queriéndola, es decir, por auto-sugestión. Encuentre usted la misma medida de fuerza y

de verdad que en la ocurrencia de Goethe: “Uno se muere sólo cuando lo quiere así”. Pero le diría también que he utilizado causas exteriores.

Mi infancia transcurrió terriblemente ardida por fiebres palúdicas; por desgracia, yo amaba esas fiebres, hasta llegar a disimularlas para que no me dieran quinina. Otras fiebres biliosas, a pesar del delirio, me enseñaron a odiar la enfermedad, el tema de estar encerrado en una recámara en las Colonias (fastidio del pájaro retenido por la pata); pero en Francia, más tarde, el destierro, el amor propio y la curiosidad debían arrojarme en tal glotonería por el estudio que estuve a punto de darme fin de tanto desvelarme. Después, eso terminó; quise entonces ser fuerte físicamente. Empecé entonces una vaga higiene pero a ciegas y a tuestas, y sin ninguna regularidad, porque era yo más incapaz de ella que cualquiera otro: arrastraba mi cama hacia la ventana, y desde entonces he dormido siempre con la ventana abierta, incluso en in-

¹ Carta a J. Frizean, 19 de septiembre de 1908, *Pléiade*, p. 735.

vierno. Me entrenaba para taparme cada vez menos, y a salir con cualquier clima —de ahí la supresión de gripas y de cosas parecidas—, buscaba el sol, creyendo por instinto, como los malabares, en la purificación del cuerpo, en el sol (radiaciones); con el *fin*, abordé la montaña, primero con mi padre; fue para mí tal enriquecimiento físico, con tal repercusión mental, que me negué, para aprovecharla mejor, a ir a París después de las clases.

Y éstas son dos funciones esenciales que re-eduqué: digestión y respiración. Digestión, mediante la masticación perfecta y la salivación (con repercusiones mentales muy grandes), así puede comer menos asimilando más y no conocí ni migrañas ni pesadez: (pérdidas de tiempo). Respiración: *aprendí a respirar*. ESENCIAL.

De una buena respiración, nace la disciplina de los nervios, el equilibrio, la pre-

cisión, la confianza en una palabra, el control (la *maîtrise*) y sobre todo la conciencia de todas esas asimilaciones. (Cuando era niño, usaba contra el miedo una cierta manera de respirar). Desde hace mucho tiempo, ya inconsciente, mi respiración me ha servido en casos muy graves contra el nerviosismo o el enloquecimiento.

En fin, y por encima de todo sé bien que me fortalecí, ese recurso formidable, esa insurrección constante de la voluntad que se enriquece a sí misma. Es divertido pero no tonto, el sentido de esta ilustración: el árbol que *quiere* dar fruto termina fructificando. Me entreno cada vez más fuerte y quizás hasta la costumbre (otro recurso) en la tensión de espíritu hacia la fuerza física, a una afirmación de sí mismo al despertar y al acostarse y así aprendí a “apropiarme” a mí mismo, incluso como “potencia” de fuerza. Desde el momento en

que están ahí los nervios como intermedios, la acción sobre todas las funciones físicas es posible, indirectamente.

Sólo le hablo de la salud del cuerpo, la higiene mental, la disciplina del espíritu y la educación de la voluntad son cosas mucho más terribles y menos directas.

[...] Vea usted toda la importancia que doy a la conciencia, al hecho de cobrar conciencia: tiene uno mismo que tomar conciencia y aprender a detestar la debilidad, a conocer la acción fecunda de sí mismo sobre sí mismo [...] Debo la salud a *mi* odio de la debilidad física.

La superioridad física es la que verdaderamente he querido, porque es la única que tiene un límite, y la *única que no hace sufrir*. La quise también por brutalidad siendo muy joven, y luego por convicción determinista; por miedo a los nervios; por miedo, ilógico, a las abulias de la neurastenia; por miedo a verme llevado por el sueño o la música y a no ser yo mismo el guía en las rupturas del equilibrio; por miedo, ilógico una vez más, a la enfermedad; por miedo a las pequeñas miserias tiránicas que lo acompañarán a uno o por miedo al sufrimiento cuya *ocupación* es detestable.

Pero para todo esto había que tener ya una cierta edad, y debo decirle que mi verdadero medio ha sido querer, querer constantemente, pero eso no es más que un repliegue pues habría que esclarecer por qué medios, por cuáles medios aprende uno a querer querer (*vouloir vouloir*).

...Dicho eso, al igual que usted, a mí no me gusta la tinta hembra ah, caramba, no! De ella vienen la mayoría de las tonterías sobre esa palabra: “vivir”. Pues no hay una sola mujer que entienda la enormidad, en su boca, de esas tres palabras: “vivir su vida”. En el fondo, las que ponen más alto el grito de las bacantes se alimentan de flores de papel, de pedazos de tapicería, como las cabras de las calles. Y su literatura, como su arte, tiene siempre algo de marginal, y algo de pie lámpara; al parecer el gusto femenino no termina de liberarse nunca de la caja de pañuelos o del papel para cartas.² U



Saint-John Perse

² Léger (Saint-John Perse). Carta a Gabriel Frizaño, 19 de septiembre de 1908, *Obras Completas*, p. 736 —a propósito de la poeta cristiana Marguerite Burnat Provins.